

Ex 13, 1-5, 14-15, 20-22: El Señor iba al frente de ellos, de día en una columna de nube, para guiarlos por el camino; y de noche en una columna de fuego, para iluminarlos, de manera que pudieran avanzar de día y de noche.

Salmo 27 (26): El Señor es mi luz y mi salvación.

Mt 17, 1-9: Allí Jesús se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. De pronto se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Jesús.

*Allí Jesús se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. De pronto se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Jesús.*

Esta noche oficiamos la ceremonia de la luz, la celebración de la entrada de la luz divina en el mundo por el nacimiento de Jesucristo.

La ceremonia de la luz es un momento central para la preparación para la celebración de la Primera Comunión. Es una celebración que nos exhorta a hacer memoria de nuestro bautismo, cuando somos partícipes por primera vez de la vida de Jesucristo. De hecho, por el agua y el óleo sagrado nos sumergimos en la muerte y resurrección de Jesucristo, en la victoria definitiva de la luz del amor de Dios sobre la oscuridad del pecado. ¡Somos hijos verdaderos de la luz!

En la primera lectura escuchamos una historia familiar a los estudiantes. Después de la salida de la esclavitud en Egipto, Moisés guió al pueblo elegido por varios años en el desierto hacia la Tierra Prometida. El autor nos cuenta que: “El Señor iba al frente de ellos, de día en una columna de nube, para guiarlos por el camino; y de noche en una columna de fuego, para iluminarlos, de manera que pudieran avanzar de día y de noche”.

Como en el camino del desierto, la luz de la presencia del Señor acompaña y sostiene el camino personal de cada uno de nosotros hacia la liberación verdadera, hacia nuestra Tierra Prometida que es la casa del Señor.

Esta mañana sus hijos celebraron la Primera Confesión, tuvieron la experiencia de ser perdonados por el amor infinito del abrazo del Padre. El Padre nunca nos juzga o nos condena por nuestros pecados, por nuestros defectos o por nuestros límites. Quiere solamente levantarnos de nuestras caídas, abrazarnos, sanarnos e invitarnos a tomar de nuevo el camino hacia la casa del Padre.

En el retiro de preparación para la Primera Comunión, los estudiantes participaron en un taller muy bonito que les enseñó la naturaleza del pecado y de la reconciliación con Dios. Tuvieron que pensar en los pecados más comunes que cometen todos los días: pegarles a los hermanos y las hermanas menores,

desobedecer a los padres y profesores, robar juguetes o pequeñas cantidades de plata, las mentiras y mucho más. Para cada pecado tenían que untarse las manos y brazos con barro. ¡Algunos estaban casi completamente cubiertos! Cuando el barro empezó a secarse, causó mucha molestia. Esta representó la lejanía de Dios. AL confesarse sus pecados podrían lavar sus brazos y experimentar la frescura y belleza de cuidar bien sus relaciones personales con Dios.

Me llamó la atención también en estos días cuantos padres se acercaron para la confesión. Este deseo de volver a la casa del Padre, experimentar el perdón de Dios después de tantos años, y de caminar juntos con sus hijos como preparación para la Primera Comunión es un signo muy concreto de la victoria de la luz sobre el pecado. También al mirar sus rostros, después de haber pronunciado las palabras de absolución, sus expresiones transmitieron la alegría de ser liberados de la esclavitud del pecado.

Estamos todos llamados a caminar juntos siguiendo la luz del Señor que nos lleva a la casa del Padre.

En el evangelio de esta noche hemos escuchado una de mis historias favoritas del Nuevo Testamento: la historia de la trasfiguración de Jesús en el monte Tabor.

Jesús subió la montaña Tabor con sus amigos Pedro, Juan y Santiago para descansar un rato y para orar al Padre. En la cima Jesús se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. De pronto se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Jesús.

En este episodio tan misterioso Jesús se manifiesta en una teofanía, un espectáculo de luz y de gloria, frente a sus amigos. Se manifiesta como el Hijo predilecto del Padre.

Frente al profundo asombro, y a la excepcionalidad de este acontecimiento, Pedro gritó: Señor, ¡Que bello que estamos aquí!

En este momento se oyó una voz que decía desde la nube: "Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escúchenlo".

El Padre en este episodio también quiere invitarnos hoy a escuchar y a seguir la luz de su hijo Jesucristo.

Los Padres de la Iglesia siempre leyeron este episodio como una prefiguración de la futura gloria de Jesucristo en la resurrección de la muerte, y también una promesa para sus amigos. La promesa que nosotros vamos también a participar en esta futura gloria como hijos y amigos queridos de Jesucristo.

En estos días que faltan para la celebración de la Primera Comunión, tomemos en serio esta invitación del Padre a levantarnos y a seguir el Señor Jesucristo sin miedo. Pidamos a Dios la gracia de poner la luz de Jesús como fundamento de nuestra vida para que podamos caminar como hijos libres hacia la casa del Padre. Amén.